

IRÁN Y LA PRIMAVERA ÁRABE

Parecía establecido que el ciclo revolucionario estaba cerrado. Desde esta convicción, los cambios democráticos en la Península Ibérica resultaron sorprendentes. Las transiciones española y portuguesa fueron percibidas como preludio de otro ciclo revolucionario, esta vez, pacífico, de cambio democrático.

Estos cambios repercutieron en Iberoamérica, que inició un proceso de democratización registrable hasta hoy: todos los nuevos gobiernos desde entonces han salido de las urnas.

Aunque no tan patentes como en otros acontecimientos ulteriores, apuntan ya en estos procesos tres datos relevantes: una fuerte aspiración democrática; un “efecto contagio” respecto de esta aspiración y actitudes pacíficas de transición o cambio hacia la democracia.

Las protestas iraníes en el verano de 2009 tuvieron como **causa** unos resultados de ELECCIONES PRESIDENCIALES fraudulentos

Estos elementos adquirirán vigor más evidente en los acontecimientos subsiguientes a la caída del muro de Berlín y al desmembramiento de la URSS en Europa Oriental y en las llamadas “revoluciones de terciopelo”. Salvo la excepción rumana de confirmación de la regla, la implantación democrática tras las dictaduras comunistas siguió fundamentalmente la pauta de las transiciones ibéricas, y más particularmente de la española que se convirtió en referencia de transición democrática en Europa del Este.

Este mismo esquema, aplicado con éxito en contextos político-económicos y socioculturales tan dispares

como los referidos, va a intentar repetirse una vez más, en el mundo musulmán con la llamada “Primavera Árabe”.

Pero, junto a las similitudes, existen claras diferencias. La “Primavera Árabe” no se inscribe en una transición democrática propiciada por la desaparición de dictadores (Península Ibérica) o la disolución del sistema (URSS), sino en el desafío directo al dictador y su régimen para cambiar el sistema.

De otro lado, los cambios en la Península Ibérica se orientaron hacia una importante reestructuración política. En Europa del Este implicaron una refundación total del sistema político y económico. En el Norte de África los regímenes subsiguientes a las revueltas deberán abordar, además, una profunda transformación de carácter social y cultural.

Con estas diferencias cabe hablar, pues, de un nuevo modelo cíclico que ha conservado, junto a la fuerte voluntad de cambio, el vigoroso componente de la intencionalidad pacífica y la renuncia a priori de la violencia. Pero es aquí donde Irán quebrará el modelo pacífico inicial con el empleo de la represión violenta.

Las protestas iraníes en el verano de 2009 tuvieron como causa unos resultados de elecciones presidenciales considerados fraudulentos. La sociedad se movilizó rápidamente convocando a través de redes sociales y teléfonos móviles manifestaciones masivas.

El régimen trató de deslegitimarlas, atribuyéndolas a manipulación de Washington, Londres e Israel. Cuando estimó que podían amenazar al sistema, desencadenó una violenta represión que dejó cientos de muertos



FOTO: PAKISTAN DEFENCE

y miles de heridos, detenidos y exilados.

No obstante, hay que resaltar el hecho de que fue en Irán donde tuvo lugar la primera de las revueltas populares en la zona contra regímenes tiránicos en demanda de más libertad.

Como antecedente referencial, estas revueltas marcaron las pautas de identidad de la “Primavera Árabe”: manifestaciones populares espontáneas y masivas, falta de un liderazgo de partido identificable o grupo preestablecido, convocatoria y organización por redes sociales, concentraciones en lugares determinados y emblemáticos, elección de colores o denominaciones simbólicas, participación significativa de jóvenes y mujeres, solidaridad intergrupal, renuncia expresa a toda clase de violencia, demanda de mayor democracia etc. En definitiva, los “métodos revolucionarios” que habrían de seguir las revueltas de la “Primavera Árabe”.

Pero hay que recordar la diferencia esencial. Las revueltas iraníes no pretendían un cambio de régimen, sino un cambio en el régimen, esto es, más democracia y transparencia dentro del sistema, bien porque se

La población iraní sale a las calles para recibir a su presidente Mahmud Ahmadineyad, que se traslada fuertemente escoltado.

atuvieron a un cambio transicional progresivo, bien por temor a un enfrentamiento abierto con el Ejército y, sobre todo, con la Guardia Revolucionaria que hubiera terminado, sin la menor duda, en un mar de sangre mucho mayor. Para algunos ésta pudo haber sido la causa del fracaso de las revueltas iraníes.

En todo caso, no hay que minusvalorar la importancia de los movimientos y protestas contra el gobierno de los ayatolás en el verano del 2009 que fueron, en opinión de algunos observadores y analistas, como Sami Nair, significativamente mayores que las protestas árabes posteriores y, en todo caso, valieron como precursoras y anticipadoras de los métodos que siguieron con éxito Túnez y Egipto y que intentaron y siguen intentando otras.

Cuando dos años más tarde comenzaron las revueltas en Túnez y después en Egipto, Irán reprodujo en sus declaraciones el esquema doméstico ya utilizado. Primero, mostró sensación de alejamiento, de fenómeno ajeno que no le concernía. Trataba de que los inespera-

dos acontecimientos -que se valoraban como portadores de un “efecto dominó”- no reabrieran, como imparable boomerang, las revueltas en Irán.

Pronto demostró desprecio por los manifestantes (“polvo y basura” los denominará Ahmadineyad) negándoles crédito político y moral y degradando su condición a la de lacayos del imperialismo y el neocolonialismo yanqui y sionista.

Después cambiará la interpretación, presentando la caída de Ben Alí y Mubarak, aliados de Occidente, como victorias contra EEUU e Israel. Es más, llegó a valorar la caída de

que obtendrá la acogida inmediata entre gobiernos afines (Libia o Siria) y en otros dispuestos a beneficiarse del precedente (Yemen).

Así, una vez pasadas las primeras sorpresas de lo acontecido en Túnez y Egipto y ante el temor de un posible “efecto dominó”, el ejemplo iraní empezó a ser considerado, pero no tanto en su versión de modelo de revolución paradigmática a imitar, sino en su vertiente más inmediata de represión a aplicar.

Los líderes de países amigos, como Libia y Siria en primer lugar, que ya habían compartido valoraciones peyorativas sobre las revueltas, encontraron en la represión iraní el mejor antídoto para la estabilidad de sus regímenes. A ellos, con el apoyo de Arabia Saudí, se había unido Yemen.

Pero, simultáneamente -y también a sensu contrario- empezaron otros países a temer que el modelo paradigmático de revolución que ofrecía Teherán incitara a las poblaciones chiítas, al calor de las revueltas, a revolverse.

La intervención norteamericana en Irak había entregado el gobierno de Irak a la mayoría chiíta e incrementado la influencia iraní. En otros países, a través de las revueltas, las minorías chiítas podían reivindicar derechos y más reconocimiento a su condición minoritaria. Irán podría apoyar estas revueltas, aprovechando a las minorías chiítas como vía de penetración y palanca de desestabilización.

A la cabeza de los países que comparten este temor está Arabia Saudita, que junto a Egipto han rivalizado históricamente por el liderazgo suní en la región, pero, en todo caso, se han considerado a sí mismos como los más firmes bastiones suníes en el mundo islámico frente al chiismo iraní. El éxito de la revolución en Egipto ha incrementado la desconfianza y el temor del régimen saudí y otros ante un posible recrudecimiento del terrorismo, de la inestabilidad política y de la influencia chiíta, factores con los que muchos países en la zona asocian al régimen de los ayatolás.

Estas consideraciones hacen que Irán sea visto como un factor dudoso y de influencia bifronte respecto de las revueltas árabes: por un lado, referencia modélica de represión a la que están dispuestos la mayoría de países de la zona, incluida la propia Arabia Saudita, y, por otro, temido agente de instigación y propaganda

En cuanto régimen revolucionario, Irán se siente **inclinado** a apoyar las causas revolucionarias, pero teme un CONTAGIO

aquellos como consecuencia de su occidentalización, ya que, de espaldas al sentimiento religioso y cultural de su historia y sus pueblos, habían orientado su destino hacia lo inevitable. Ahondando en esta línea, se atrevió a interpretar las exitosas revoluciones tunecina y egipcia como reflejo de la propia revolución iraní de 1979 en cuanto derrocadora del régimen pro-americano del Sha.

LOS MENSAJES

En todas estas interpretaciones latía un fuerte cuádruple mensaje, cómo justificar a posterior la represión ejercida contra sus propias revueltas: ejercicio del poder legítimo contra el intervencionismo imperialista y resaltar lo acertado de su decisión, premiada con la derrota de los rebeldes. También se presenta el éxito de su represión como importante pauta a imitar por otros regímenes árabes amenazados, además de advertir a los nuevos dirigentes de los riesgos futuros que asumían si continuaban en la línea de la occidentalización que había conducido al desastre de los derrocados dirigentes.

Y, el último mensaje, presenta su propia revolución como el mejor modelo a seguir, quizás con la secreta esperanza de que, antes o después, los grupos musulmanes, los mejor organizados en el mundo árabe, fueran ganando influencia y reorientando los nacientes sistemas políticos hacia la prevalencia de los valores coránicos y la islamización política, capitalizando el éxito final de las nacientes revoluciones.

De todos estos mensajes, será el de la represión el

que alimentaría las revueltas contra la que se orienta la voluntad de represión. Por tanto, una posición claramente ambivalente que puede llevar a Irán a posiciones contrapuestas según los casos.

En cuanto régimen revolucionario, Irán se siente inclinado a apoyar las causas revolucionarias, pero teme que la ola expansiva de las revoluciones le pueda alcanzar. Por ello, se ha asentado en la ambigüedad y diversifica sus actuaciones conforme a sus intereses.

Ha quedado expuesto el interés de Irán por influir sobre la orientación de las revueltas, presentando su modelo de revolución, degradando los aspectos que le perjudican y mostrándose favorable a los que le benefician. Ahora se trata de lo contrario, a saber, del efecto previsible para Irán de la “Primavera Árabe” en el sentido de cómo afectará a su influencia o aislamiento en la región. Es demasiado pronto para un juicio definitivo.

Ahora bien, de las reivindicaciones en las revueltas árabes puede deducirse claramente que no van en sentido favorable a Irán. Además, la brutal represión de sus pacíficas protestas populares pidiendo más transparencia democrática y más respeto a los DDHH ha privado a Irán de todo atractivo político en el Mundo Árabe que está surgiendo de las revoluciones. Pero, a pesar de la pérdida de atractivo político inmediato, cabría preguntarse si el componente religioso del régimen iraní podrá atraer a los grupos musulmanes que aflorarán a lo largo del proceso de transición.

David Garner se ha referido a los tres posibles modelos político-religiosos que se ofrecen en el mundo musulmán como referencias potenciales para la configuración futura del Mundo Árabe en este proceso de cambio. El primero lo constituiría la versión más puritana y estricta del sunismo islámico, el wahabismo saudí, apoyada por un impresionante flujo de petrodólares dispuestos a que el mundo musulmán se mueva en su dirección. El segundo sería el modelo chiíta que ofrece Irán de su propia revolución. El tercero vendría dado por la experiencia turca que ofrece la fórmula de compaginar islamismo religioso con pluralismo político en un orden secular.

Aunque el potencial económico del wahabismo saudí no puede minusvalorarse y su influencia se refleja en impresionantes mezquitas en diversas partes del globo,

el modelo no parece extrapolable fuera del Golfo.

Por su parte, el modelo teocrático iraní presenta, tras su fachada religiosa, un régimen socioeconómicamente ineficaz y políticamente tiránico, dispuesto a defender violentamente los privilegios de su clase dirigente. Por tanto, un modelo asimilable a aquellos contra los que se han alzado las revoluciones. Por el contrario, la experiencia turca aparece actualmente como la más atractiva para los revolucionarios en Túnez y Egipto, incluso para los dirigentes de los partidos de orientación musulmana que han hecho confesión de fe moderada.

Irán vuelve así, también como modelo, a encontrarse atrapado en la doble rivalidad político-religiosa que ha caracterizado su historia. De una parte, la religiosa suní-chiíta que le ha enfrentado y enfrenta cada día con más fuerza a Arabia Saudita. De otra parte, la política secular persa-otomana. De la mayor o menor voluntad interventora de Arabia Saudí en el proceso y de la mayor o menor atracción que sea capaz de ejercer Turquía sobre el naciente mundo árabe dependerá mucho el resultado y la posición final –ganadora o perdedora- de Irán. ■



Grupos de manifestantes durante las revueltas iraníes del verano de 2009, que desembocaron en unas elecciones presidenciales, cuyo resultado se consideró fraudulento.

